



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

Obispo

HOMILÍA DEL EXCMO. MONS. ÁNGEL CARABALLO, EN OCASIÓN DE LA ORDENACIÓN PRESBITERAL DE LOS DIACONOS JESÚS MELEÁN Y JULIO Y MORILLO, Y LA ORDENACIÓN DIACONAL DEL ACÓLITO JOSÉ DAVID, EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CABIMAS, EL DÍA 03 DE DICIEMBRE DE 2022, FIESTA DE SAN FRANCISCO JAVIER, SANTO PATRONO DE LAS MISIONES.

Queridos Diocesanos:

¿Qué tenemos que no hayamos recibido? (1Cor 7, 4), con estas palabras del apóstol, nos ponemos en actitud humilde para agradecer a Dios, fuente de todos los dones y beneficios, el regalo de concedernos un diácono y dos presbíteros, para trabajar en esta iglesia particular, que tan necesitada está de ministros sagrados. Por eso, hemos cantado, en el salmo: *“Cantaré eternamente las misericordias del Señor”* (Sal 88).

Esta Iglesia, en sus 57 años de existencia, ha trabajado decididamente por las vocaciones; ha invertido tiempo, talento y dinero, pues es consciente de que hoy, más que nunca, el sacerdote es necesario y confía plenamente en la promesa de Jesús *“la cosecha es abundante, pero los obreros son pocos. Oren al dueño de la cosecha, para que envíe trabajadores a recoger su cosecha”* (Mt 9, 37-38).

Aprovecho la ocasión para agradecer al Seminario Arquidiocesano Santo Tomás de Aquino, Maracaibo, en la persona de su rector, padre Jorge Dos Passos, aquí presente, y al Colegio Internacional Bidasoa, España, institución confiada al *Opus Dei*, en la persona del padre Javier Rodríguez, todo el servicio que han prestado a nuestra iglesia particular en la formación de estos seminaristas. El Señor sabrá recompensarles, con creces, pues en el Seminario se forjan los ministros del mañana.

Queridos Jesús, Julio y José, lo que hoy han expresado ante el Señor y esta asamblea, con las palabras “presente”, “aquí estoy”, en el rito de presentación y aceptación, se hará de modo evidente cada vez que

tengan que presidir las celebraciones litúrgicas. Julio y Jesús, como sacerdotes, digan cada día al señor: me pongo totalmente a tu disposición. Yo ya no me pertenezco, soy todo tuyo en el tiempo y en la eternidad, tú eres mi lote y heredad, mi suerte está en tus manos, te presto mis manos y labios... Y es que el sacerdote no se representa a sí mismo y no habla expresándose a sí mismo cuando celebra los sagrados misterios, sino que habla en la persona de Cristo. José David, como diácono, recuerda hacer presente a Cristo, que vino a *“ser el último y servidor de todos”*, *“vino para servir y no para ser servido y dar la vida por todos”*.

Jesús y Julio: la ordenación sacerdotal tiene por finalidad y destino una misión. Una misión que no es otra que la misión del Señor, como hemos escuchado en la primera lectura: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia”*. Y esa misión viene manifestada en las preguntas y en los símbolos que la liturgia de esta celebración señala en el rito.

En primer lugar, llevar **el Evangelio** a los demás, para que así todos experimenten la alegría del Señor. En segundo lugar, **comunicar la gracia que perdona y vivifica**. Jesús y Julio, sus manos y sus, son los labios de Dios que enseña, sana, bendice y santifica al ser humano con su amor. Finalmente, la misión de **manifestar el Amor del Padre que consuela, conforta y guía a su Pueblo**, especialmente a los más pobres y necesitados. En síntesis, se les encomienda el triple oficio de ser Maestro, Sacerdote y Pastor, según el modelo y el corazón de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Este es “el yugo suave y la carga ligera” que el Señor Jesús, el Buen Pastor, pone hoy sobre sus hombros y lo pone para siempre, pues serán sacerdotes para toda la eternidad.

Tú, José David, ejercerás tres funciones: el anuncio de la palabra, el servicio de altar y en el ministerio de la caridad, mostrándote servidor de todos.

Todo esto, lo harán, siempre unidos al Obispo (al cual le prometerán obediencia y respeto) y a sus hermanos de este presbiterio.

Todo lo que es el ser y el quehacer sacerdotal puede infundir en nosotros temor. Se puede sentir la tentación de exclamar con San Pedro: *“Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”*, porque nos cuesta

creer que Cristo nos haya llamado precisamente a nosotros. ¿No habría podido elegir a cualquier otro, más capaz, más santo? Pero Jesús nos ha mirado con amor precisamente a cada uno de nosotros, y debemos confiar en esta mirada. ¡El Buen Pastor no se equivoca! Y es una gran verdad lo que dice San Pablo: *“Dios ha elegido lo que el mundo considera necio para avergonzar a los sabios, y ha tomado lo que es débil en este mundo para confundir lo que es fuerte. Dios ha elegido lo que es común y despreciado en este mundo, lo que es nada, para reducir a la nada lo que es. Y así ningún mortal podrá alabarse a sí mismo ante Dios”* (1Cor 1, 26-29).

Permítanme en este momento, que este servidor de 31 años de sacerdote y casi 10 de obispo, y que les quiere y les aprecia, les dé unos consejos para que sean fieles a este don que la Iglesia le concede.

Que la Santa Misa sea el centro de su vida sacerdotal. Se les entregará la patena y el cáliz, y oirán esta alocución: *“recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios; considera lo que realizas e imita lo que conmemoras...”*, que la celebración diaria de la Santa Misa no sea para ustedes realizar una mera función ritual o el modo de recibir estipendios para subsistir sino, más bien, cumplir con una altísima misión que involucre toda su existencia.

Junto con la Eucaristía, está ese otro maravilloso sacramento que sólo el sacerdote puede administrar y que es la Confesión sacramental. El hombre de hoy tiene sed de comunión, de recuperar la unidad perdida por el pecado; tiene sed de reconciliación. Por ello, les pido que sean ministros santos de la misericordia divina. Pido a Dios que ustedes estén dentro del grupo de sacerdotes misericordiosos y comprensivos.: *“Y permítanme aquí –dice el Papa Francisco- un pensamiento para tantos buenos sacerdotes confesores que tienen esta actitud: atraer a la gente, a tanta gente que no siente nada, que se siente «en el suelo» por sus pecados... y lo hacen con ternura, con compasión”*.

Sean ministros santos. Estar cada día en contacto con la santidad de Dios, les demandará trabajar arduamente por ser santos. Un sacerdote sin esta aspiración, que no coopere activamente con la gracia recibida en el Sacramento del Orden y con aquella que el Señor diariamente le da, no sirve.

Permanezcan con Cristo en la oración diaria (ver Mc 3,14), especialmente, en la adoración eucarística y en la visita cotidiana al Sagrario. Ejercítense en el trato interior con el Señor. Que la jornada de cada día comience y termine con la oración. Escuchen lo que el Señor les diga en la lectura de la Sagrada Escritura.

Vivan la obediencia. La obediencia es camino de libertad. No se olviden de que, desde su libertad, le dicen al Señor: *“sí, Señor, aquí estoy, te sigo, aunque me lleves a donde no quisiera.* Que como hoy, cada día hasta el fin, su “SÍ” siempre sea rotundo, categórico y definitivo. Sean obedientes a lo que Él les pida, sobre todo a través del Obispo y sus sucesores. Y, cuando obedezcan, háganlo con autenticidad, asumiendo completamente el objeto de la obediencia. No siendo autómatas ni robots. Que no se repita lo que sucedió una vez:

“Había un cura que en las homilías era pesado, y hacía dormir a la gente. Los feligreses en varias oportunidades fueron a quejarse delante del Obispo, y el obispo lo llamó: – Don Onofre. Tiene usted que contar una anécdota y luego una homilía de cinco minutos. –Pero si yo no sé contar anécdotas; no sé ninguna historieta. –Bueno, pues aprenda. Le cuento la primera. El próximo domingo empezará la homilía así: «Me he enamorado de una mujer. Es la más guapa. La más inteligente. La más poderosa. La más rica. La más admirada. La mejor cocinera. La más trabajadora. La que tiene los ojos más encantadores que jamás nadie haya conocido. Y sólo al final usted dice que se llama la Santísima Virgen María».

Total, que el domingo siguiente, el sacerdote comienza su homilía: el Señor obispo me ha pedido que les diga que se ha enamorado de una mujer. Es la más guapa. La más inteligente. La más poderosa. La más rica. La más admirada. La mejor cocinera. La más trabajadora. La que tiene los ojos más encantadores que jamás nadie haya conocido. Me ha dicho el nombre, pero ahora no me acuerdo”.

Amen intensamente el celibato. El celibato les permitirá tener un corazón totalmente entregado al Señor, siempre abierto a los hermanos, y totalmente libre para el servicio evangelizador. Pero sobre todo el celibato por el Reino de los Cielos, acogido con la ordenación diaconal, anuncia la primacía de Dios en sus vidas.

Jesús, Julio y José: el Señor que inició en ustedes esta buena obra en ustedes, Él mismo la lleve a feliz término. Cuenten con nuestra oración, cercanía y acompañamiento.

Queridos sacerdotes y diáconos de este presbiterio cabimense y laicos, hace algunos días, pregunté a Julio, Jesús y José David qué piden a la comunidad para que puedan ser buenos pastores de la Iglesia, y me respondieron:

- “Oración, mucha oración porque estoy convencido que eso es realmente lo que nos mantiene de pie y hace que no bajemos nuestras manos” “en primer lugar que oren mucho por mí, sin oración la vida cristiana pasa a ser un activismo vacío, sin sentido”.
- “Cercanía y sencillez, que siempre pueda yo encontrar corazones y manos abiertos para que juntos trabajemos por el bien de la diócesis y de la Iglesia” “que comprendan que este camino no se realiza por una sola persona, sino que debemos caminar juntos para alcanzar el ideal cristiano”.
- “Que me perdonen si me equivoco y me corrijan si es necesario, debo aprender que no existe perfección en mí y que la participación de otro es importante para ayudarnos”; “a los laicos les pido que me tengan paciencia porque en ocasiones suelo ser muy exigente, pero que vean en mí un padre, guía espiritual o un hermano en quien se pueden apoyar en todo momento”.
- “A mis hermanos sacerdotes les pido que me ayuden a seguir cultivando la fraternidad que siempre ha caracterizado a nuestro clero. Que podamos ser un pueblo sacerdotal que camina y trabaja en comunión con nuestro Padre y Pastor por el fortalecimiento en la fe de esta porción de la Iglesia que se nos ha confiado”.

Pido a Dios que podamos hacer realidad el gran deseo que Jesús expresó en la sobremesa de la última cena “que sean uno, Padre, como tú y yo, somos uno, para que el mundo crea que tú me has enviado”. Y esto lo lograremos si oramos, si trabajamos juntos, si perdonamos, si nos apoyamos mutuamente.

A los papás y mamás de Jesús, Julio y José: muchísimas gracias por este regalo que hacen a la Iglesia. ¡No han perdido a sus hijos! Ustedes serán también destinatarios de muchas bendiciones que el

Señor les otorgará por haber impreso en el corazón de sus hijos el amor a Dios, a la Virgen y a la Iglesia.

Y, finalmente, vivan el ministerio que se les confía, con María Santísima, la madre de Jesús y nuestra. Pido a ella, a Nuestra Señora del Rosario, les bendiga y les acompañe; se muestre siempre a ustedes, como madre llena de ternura y amor, y les conceda permanecer fiel a los compromisos que han adquirido hoy. Así sea.

**† Ángel Francisco Caraballo Fermín.
Obispo de Cabimas**

Prot. 2022/184